

Durante el siglo XX se han producido, posiblemente, las transformaciones más importantes que Rentería ha sufrido a lo largo de su Historia y que han tenido por resultado la población que conocemos hoy en el año 2000, una villa que poco tiene que ver con la que se fundara en 1320.

La principal de estas transformaciones ha sido el impresionante incremento de población que ha tenido lugar, pasando de los escasos cuatro mil habitantes de comienzo de siglo a los casi cuarenta mil de hoy en día. Este crecimiento destaca todavía más por su concentración en el tiempo. No se ha producido de forma continuada y equilibrada a lo largo de todo el siglo sino en sus primeros setenta y cinco años, ya que en los últimos veinticinco años lo que ha habido es un estancamiento y un descenso desde los 46.000 vecinos de máxima que se alcanzaron en 1975.

Evidentemente, este crecimiento no ha sido natural sino que se basó en una continua inmigración, iniciada ya a partir de la segunda mitad del siglo XIX con la industrialización de la Villa. Es la inmigración –o las inmigraciones puesto que fueron varias y diversas– la que ha dado impronta y ha marcado más que ninguna otra circunstancia la Rentería del siglo XX; ella es la que ha producido una mezcla de diferentes orígenes y tradiciones culturales, bastantes más que las dos a las que se pretende reducir esta cuestión de una forma intencionadamente simplificadora.

La fractura no se produjo únicamente entre autóctonos y foráneos, ni entre *euskaldunes* y *erdaldunes*, sino también y, quizá de forma más importante, entre la sociedad urbana que existía ya en la Villa y los valores que traían los inmigrantes del mundo rural –muy diferentes entre sí según la zona de procedencia– pero con el rasgo común de ser extraños al renteriano urbano.

En una fecha tan temprana como 1910 menos de la mitad de sus habitantes había nacido en la Villa, viniendo un 10% de ellos de Álava y Navarra y otro 10% de fuera del País Vasco. En 1934, poco antes de la Guerra Civil, los naturales de Rentería habían bajado al 43% del total mientras que “los no vascos” ya eran un 20% de la población. A ellos había que sumar casi un 3% de extranjeros, cifra llamativamente alta y formada, en gran parte, por técnicos de las numerosas industrias entonces existentes y que hacen que no nos resulten extraños apellidos como Niessen, Oliveri, Koch o Schneidhoffer...

Quede claro, pues, que ya antes de Franco la población de la Villa era muy variada por su origen, sobre todo si tenemos en cuenta que en el 40% largo de “autóctonos” hay que contar a los descendientes de los primeros inmigrantes ya nacidos en Rentería y que podrían formar un tercer grupo claramente definido.

Además, a esta primera divisoria creo que hay que añadir otra. Aunque hacia 1930 estadísticamente un 80% de la población era oriunda del País Vasco, ¿Se debe contar como a gente del mismo mundo al 15% de inmigrantes navarros y alaveses, en su mayoría castellanoparlantes, y al 15% de *baserritarras* –gran parte de ellos desconocedores del castellano– de los pueblos rurales de Guipúzcoa? ¿Se debe incluir en un mismo grupo a la pequeña burguesía urbana de la villa, vasca en apellidos al cien por cien, pero que ya en parte no usa o incluso ha perdido el euskera, y al numeroso grupo de recién llegados del mundo del case-río? ¿Tenían los mismos intereses, preocupaciones, forma de ver la vida o comportamiento político? ¿Se puede

LOS EMIGRANT

incluir en el mismo grupo al inmigrante gallego que tampoco domina el español y al castellano viejo; al hombre de mar y al de secano?

Si a todos estos matices añadimos los matrimonios mixtos entre los distintos grupos de población –pues no formaban compartimentos estancos– y las familias resultantes, en las que se unen influjos de unos y de otros... parece que ya antes de 1940 la sociedad renteriana estaba formada por bastante más que dos grandes y simples bloques de autóctonos e inmigrantes.

Después de la guerra, y especialmente a partir de 1950 este proceso se acelerará y complicará aún más. Los inmigrantes vendrán de regiones más lejanas, distinguiéndose así entre los recién llegados y los que vinieron antes de la guerra; entre los hijos de éstos, ya nacidos en Rentería y hechos a la vida urbana y los que ellos mismos a veces tratan de “paletos” y que acaban de venir del superpoblado campo español. Si en 1950 el número de nacidos fuera del País Vasco se mantiene en el 20%, en 1963 sube al 30% y en 1991 alcanza ya el 35%, mientras que los nacidos en Rentería son sólo el 21%, cifra también engañosa dado que, por ejemplo, todos los niños de mi generación “nacíamos en San Sebastián”.

¿Para qué tanto baile de cifras? Es únicamente un intento de plantear una serie de cuestiones que huyendo de mitificaciones y simplificaciones, se replanteen nuestro propio origen, y como se verá luego, dejemos de mirar un poquito al pasado y echar un vistazo al futuro que viene y sus dificultades. La sociedad renteriana es compleja y complicada pues no puede ser de otra forma ante tan variados orígenes y combinaciones posibles.

Pero esto no quiere decir que este carácter complejo sea producto de los últimos cien años, la Rentería anterior a la industrialización tampoco era un todo homogéneo en cuanto a su población. La divisoria que entonces marcaba la impronta era la del mundo rural - mundo urbano, que en la sociedad del Antiguo Régimen podía ser más fuerte e importante que en la actualidad. Dividía a los habitantes de Rentería entre los que vivían dentro de la Villa, –más o menos la mitad– dedicados principalmente a tareas del sector secundario y terciario, en un importante porcentaje conocedores del castellano y bilingües y los que vivían en los caseríos



ES DEL FUTURO

Mikel Zabaleta

—más o menos la otra mitad— dedicados a labores primarias y monolingües en un altísimo porcentaje.

Junto a este bloque ampliamente mayoritario de la población, siempre existieron minorías en Rentería. La inmigración no se inició en 1900 sino bastante antes. A finales del siglo XIX, en 1881, los nacidos fuera del País Vasco, ya eran un 5% de la población, destacando el peso de un 1,5% de extranjeros atraídos por la riqueza de su naciente industria. Y unos cien años antes, hacia 1789, el Ayuntamiento investigaba a los extranjeros residentes en la Villa, cuarenta y uno, siguiendo instrucciones del gobierno español y para averiguar si había partidarios de la Revolución Francesa en la Villa. Esta minoría que se detecta en Rentería ya desde el siglo XVI estaba formada por trabajadores especializados y mujeres del servicio doméstico llegadas desde *Iparralde*, vascos a los que las actas locales trataban de “extranjeros franceses” junto con algunos bearneses, gascones e incluso marineros irlandeses.

Aunque hablaran el idioma del país, no hay que olvidar la mentalidad de la época y la estrechez de sus fronteras que hacían que pudiera ser forastero el llegado de la comarca vecina. No hay que olvidar que constituían una minoría diferenciada del resto de vecinos, aunque acabara en gran parte integrándose en la comunidad que formaban los habitantes de la Villa, que era tratada como extranjera y que no tenía los derechos vecinales.

Como muestra de su grado de integración, baste citar la obra de Gustav Henningsen sobre la brujería vasca en el siglo XVI en la que aparecen casos de Hondarribia y del propio Rentería. En los momentos en que la histeria de la caza de brujas era más fuerte, uno de los sectores sobre los que recaían las sospechas eran las mujeres provenientes de *Iparralde*. Este hecho también lo destaca Julio Caro Baroja al estudiar el proceso de las brujas de Hondarribia en 1611, donde gran parte de las acusadas eran “forasteras del reino de Francia” a las que el diablo “hablaba en gascón y vascuence”.

Además de este grupo, también hay que citar la presencia simbólica y no permanente de otras minorías: gitanos y esclavos. En el siglo XVII se puede detectar la presencia de algunos esclavos negros (principalmente mujeres dedicadas al servicio doméstico) procedentes de las Antillas Españolas, cuyos amos hablaban de ellos en sus testamentos.

La historia de la población de Rentería no es precisamente la de su homogeneidad, y su diversidad no ha hecho más que aumentar a lo largo del tiempo. Si para un vecino de la Villa de 1830, un llegado de la Rioja Alavesa podía ser casi tan forastero como para nuestros padres un inmigrante portugués, qué diremos de estos últimos años, cuando han empezado a llegar —siguiendo la pauta general— gentes de, prácticamente, todas partes del mundo a nuestra localidad.

Actualmente son 353 los extranjeros que aparecen en el Padrón Municipal de Habitantes de Rentería. La cifra supone menos del 1% de la población. Si estimamos en la mitad de esos 353 la cifra de los que, aun residiendo entre nosotros, tienen miedo por razones obvias a inscribirse en cualquier tipo de registro, se elevaría aproximadamente al 1,5% del total. Nada especial, un porcentaje similar a los datos estatales de España y, posiblemente, inferiores a los de poblaciones vecinas como Irún o la capital de la provincia. Además estaríamos, como hemos visto, ante un porcentaje inferior incluso al de comienzos de siglo.

No parece que sea una cifra destacada, ni mucho menos, pero sí claramente en ascenso. Esta impresión seguramente se afirmará al conocer que de esos 353, casi 150 son ciudadanos de la Unión Europea (principalmente franceses y portugueses). Frente a ellos hay 98 norteafricanos (casi todos marroquíes), 60 sudamericanos, 18 de países del Africa Negra, 17 de Europa del Este y diez chinos. Pero sin duda alguna esta cifra crece mes a mes, a favor sobre todo de los que proceden de culturas más diferentes que la nuestra, en especial las de raíz islámica. El colectivo de personas de esta religión supera muy posiblemente en nuestra Villa las 150 personas, más que suficiente para que se piense en que no tardarán mucho en abrirse las puertas de una mezquita entre nosotros.

Todas estas cifras no dicen mucho, pero si pensamos que un 5 % de la población (la media de población emigrante que se da en poblaciones europeas de nuestro tamaño), suponen dos mil personas, igual habría que pensar en ir preparando a Rentería para un hecho que —dada la evolución general— no tardará en llegar de forma inexorable. Porque, aunque se trata mucho en los *media* de ello, la realidad es que a nivel local nadie se ocupa de prepararnos para esta situación, supongo que porque si todavía no queremos saber de dónde venimos ni quiénes somos, mucho menos estamos por la labor de fijarnos adónde vamos. La realidad es que, con la salvedad de la sociedad Mikelazulo que organiza “La semana de los pueblos”, en este pueblo nuestro en el que casi todos somos de “izquierdas” y “progresistas”, los demás ni se han fijado en que existen estos nuevos inmigrantes.

El aporte de esta nueva minoría, junto a la ya existente gitana, que por no aparecer no aparece ni en las estadísticas, hará sin duda que nuestra sociedad sea bastante más compleja de lo que nuestros eternos y obsesivos debates nos dejan ver. Todo ello nos puede llevar a una reflexión sobre la composición de la población de Rentería, preparándonos para que los nuevos cambios que vienen sean lo más equilibrados posible y lo menos traumáticos, tanto para ellos como para nosotros. Pero me temo que esto ya sería pedir demasiado puesto que los que ya estamos no nos aceptamos unos a otros.

